

ELLY
Griffiths

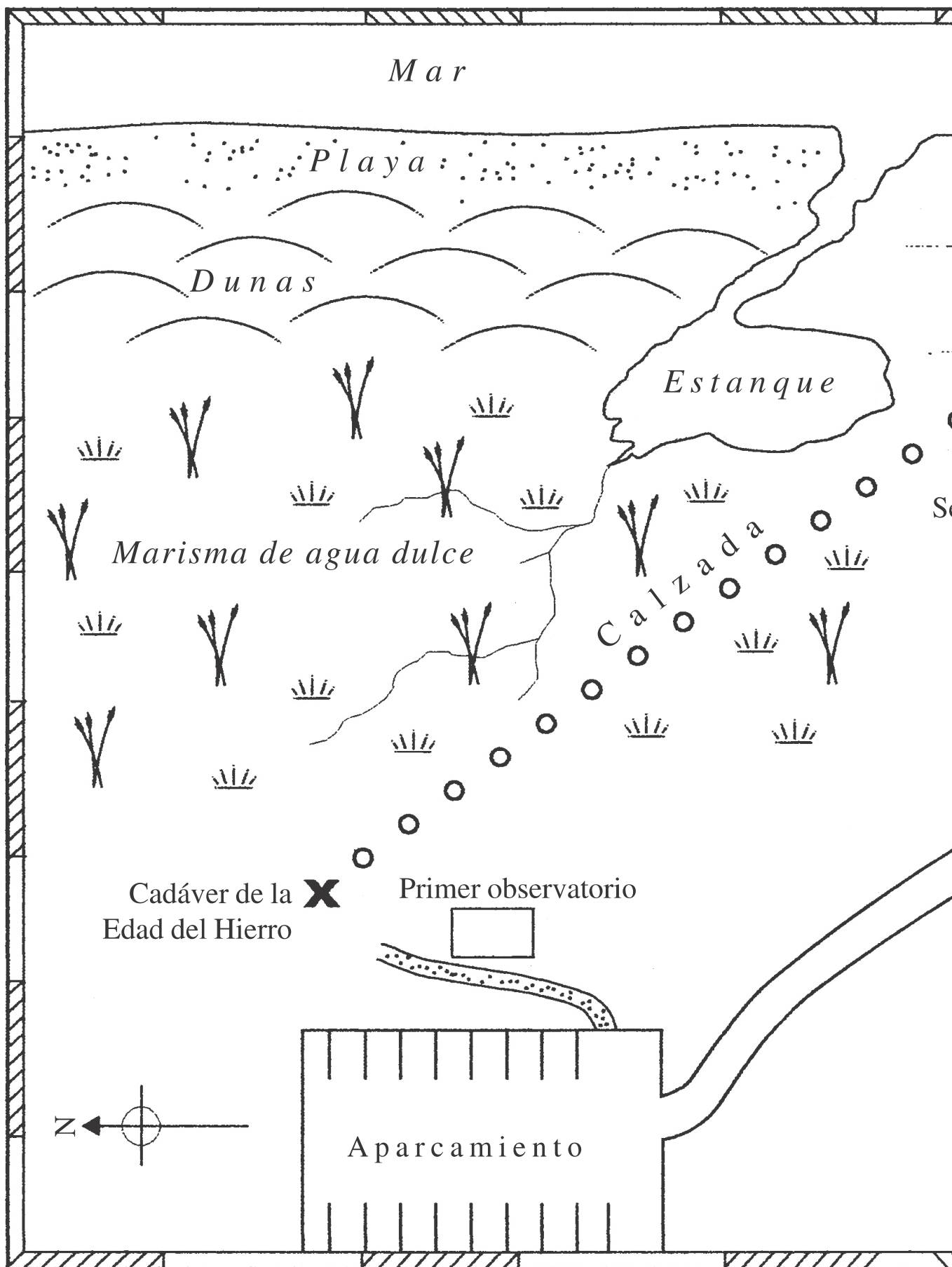
Los ECOS
del
pantano

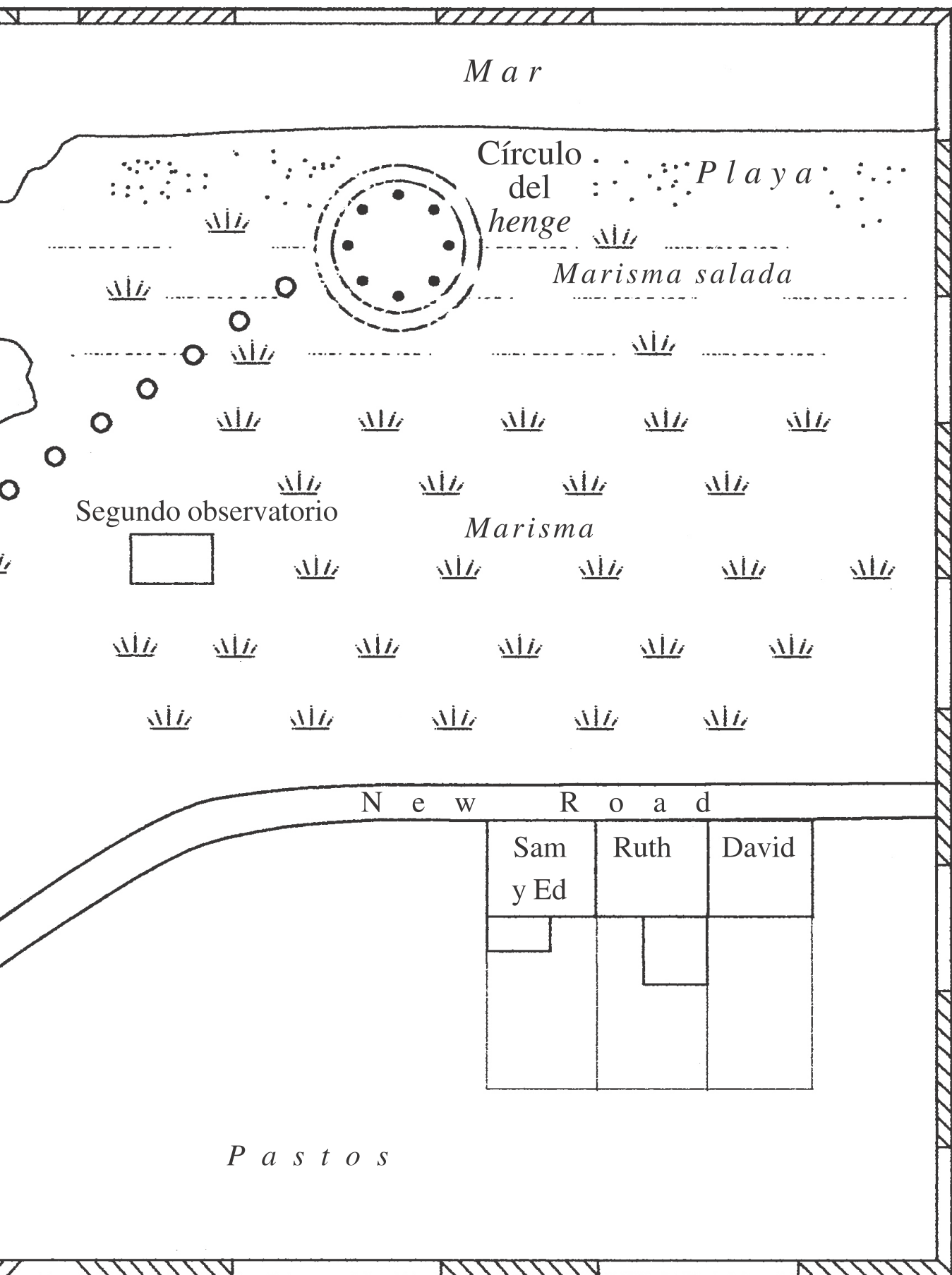
Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA | NOIR





	Sam y Ed	Ruth	David

Prólogo

Esperan la marea, y salen en cuanto despunta el alba.

Ha llovido toda la noche. Por la mañana, el suelo desprende una suave humareda, y la niebla sube hasta juntarse con las nubes bajas. Nelson llama a Ruth desde un coche patrulla camuflado. Él se sienta junto al conductor; ella detrás, como los pasajeros en los taxis. Van en silencio hasta el aparcamiento cercano a donde se encontraron los primeros huesos. Recorren la marisma por la carretera, en un silencio interrumpido solo por la radio, que crepita a ráfagas, entrecortadamente, y por la respiración del conductor, que está resfriado. Nelson no dice nada. No hay nada que decir.

Bajan del coche y caminan hacia el humedal, pisando hierba encharcada por la lluvia. El viento susurra entre los juncos, y de vez en cuando se vislumbra el agua inmóvil y plomiza, que refleja el cielo gris. Ruth se detiene al borde de la ciénaga y busca el primer poste hundido, el sinuoso camino de grava que lleva a los bajíos, cruzando las aguas traicioneras. Una vez que lo encuentra, medio sumergido en agua salobre, continúa sin mirar atrás.

Van en silencio por el humedal. Más cerca del mar, la niebla se disipa y el sol empieza a filtrarse entre las nubes. Ahora que ha bajado la marea, los rayos matutinos hacen relucir la arena del círculo del *henge*. Ruth se pone de rodillas, como se lo vio hacer a Erik hace muchos años, y usa su paleta para ir removiendo con delicadeza el barro palpitante.

De repente el silencio es absoluto; hasta las aves marinas han dejado de chillar como locas. A menos que aún lo hagan, pero que Ruth no las oiga. Lo que oye, de fondo, es la respiración agitada de Nelson. En cambio, a ella la invade una serenidad extraña. No siente nada, ni siquiera al verlo, ni siquiera al distinguir el brazo menudo que aún lleva la pulsera de bautismo.

Ya sabía lo que encontraría.

1

Despertarse es como resucitar. La lenta escalada desde el fondo del sueño, las formas que aparecen en la oscuridad, la alarma, como la última trompeta del apocalipsis... Al sacar un brazo de la cama, Ruth tira el despertador, que se lo reprocha sonando desde el suelo. Se incorpora entre gemidos y sube la persiana. Aún es de noche. Esto no puede ser, se dice al poner los pies sobre el suelo de madera y sobresaltarse por lo frío que está. El hombre del Neolítico se habría acostado y levantado con el sol. ¿Por qué creemos que esto es lo correcto? Quedarse dormida en el sofá, mirando las noticias, arrastrarse hasta el piso de arriba, leer un libro del inspector Rebus porque no puede pegar ojo, escuchar por la radio las noticias internacionales de la BBC, contar enterramientos de la Edad del Hierro para conciliar el sueño... Y ahora esto: despertarse a oscuras con la sensación de estar muerta. No, no puede ser.

En la ducha, el agua le despega los párpados y le desparra el pelo por la espalda. Se podría decir que es un bautismo. Los padres de Ruth, cristianos renacidos, son grandes admiradores de la Inmersión Completa Para Adultos (mayúsculas obligatorias). Ruth es perfectamente sensible a su atractivo, más allá del pequeño inconveniente de que no cree en Dios. De todos modos, sus padres Rezan Por Ella (más mayúsculas), lo cual debería reconfortarla, aunque por alguna razón no lo hace.

Se restriega enérgicamente con la toalla, y se queda mirando el espejo empañado sin ver nada. Sabe lo que verá, pero es una certeza que la reconforta tan poco como las oraciones de sus padres: pelo castaño hasta los hombros, ojos azules, piel blanca... y, se ponga como se ponga en la báscula —desterrada de momento al escobero—, ochenta kilos de peso. Suspira («a mí no me define el peso; la gordura es un estado mental») y embadurna el cepillo de dentífrico. Tiene una sonrisa preciosa, pero ahora mismo no sonríe, así que también queda demasiado abajo en la lista de consuelos.

Una vez aseada, vuelve descalza y con los pies húmedos al dormitorio. Hoy tiene clase, así que tendrá que vestirse con un poco más de formalidad que de costumbre. Pantalones negros y top amorfo del mismo color. Elige la ropa casi sin mirarla. Le gustan los colores y las telas; de hecho, tiene bastante debilidad por las lentejuelas, los canutillos y el estrás, pero al ver su vestuario nadie lo diría: una adusta sucesión de pantalones negros y chaquetas holgadas de colores oscuros. Los cajones de su tocador de pino están llenos de jerséis negros, chaquetas sueltas de punto y medias opacas. Antes llevaba vaqueros, pero desde que llegó a la talla 48 opta por los pantalones de pana, negros, por descontado. Los vaqueros son demasiado juveniles. El año que viene cumplirá los cuarenta.

Ya vestida, se encaja en la escalera. Es una casa muy pequeña, con una escalera tan empinada que parece más bien una de mano. «Por aquí no podré subir yo nunca», le dijo su madre durante su última, y única, visita. «Y quién te lo pide», contestó Ruth en silencio. Como solo había un dormitorio, sus padres se alojaron en el hostel del pueblo. Subir era algo rigurosamente innecesario. (Abajo hay un aseo, pero está al lado de la cocina, algo que a su madre le parece poco higiénico.) La escalera lleva directamente a la sala de estar: suelo de madera lijada, un sofá cómodo y descolorido, una tele grande de pantalla plana y libros en cualquier superficie disponible. Sobre todo de Arqueología, pero también novela negra, libros de cocina, guías de viaje y novelas de médicos y enfermeras. Si por algo se caracterizan los

gustos de Ruth es por el eclecticismo. Tiene especial afición por los libros infantiles sobre ballet o equitación, dos actividades que nunca ha practicado.

En la cocina caben de milagro una nevera y unos fogones, aunque Ruth, a pesar de los libros, casi nunca cocina. Pone agua a hervir y pan a tostar, a la vez que sintoniza Radio 4 con la rapidez de la costumbre. Luego recoge los apuntes para la clase y se sienta a la mesa de al lado de la ventana. Su sitio preferido. Al otro lado del jardín, con su hierba aplastada por el viento y su valla rota de color azul, no hay nada, solo kilómetros y más kilómetros de marisma por la que despunta algún que otro tojo achaparrado, y que atraviesan pequeños riachuelos traicioneros. En esta época del año, a veces se avistan grandes bandadas de gansos silvestres que dan vueltas por el cielo, con el plumaje teñido de rosa por el sol del alba, pero hoy, en esta mañana gris de invierno, la vista no discierne ni un solo ser vivo. Es todo pálido, deslavazado: un gris verdoso que se funde con un gris blancuzco al unirse la marisma con el cielo. Lejos, muy al fondo, se ve el mar, una raya de un gris más oscuro, con olas cabalgadas por gaviotas. La desolación es absoluta. Ruth no tiene la menor idea de por qué le gusta tanto.

Se come la tostada y se bebe el té (prefiere el café, pero ya se tomará uno solo bien cargado en la universidad), mientras hojea sus apuntes, originalmente mecanografiados, aunque ahora los cubre un palimpsesto de notas añadidas con bolígrafos de varios colores. «Género y tecnología prehistórica», «Excavación de objetos», «La vida y la muerte durante el Mesolítico», «El papel de los huesos de animales en las excavaciones»... Aunque estén a principios de noviembre, el primer cuatrimestre tiene los días contados. Será su última semana de clases. Visualiza fugazmente las caras de sus alumnos: serios, trabajadores y un poco anodinos. Ahora solo da clases de posgrado. La verdad es que añora bastante el humor tan espontáneo —y resacoso— de los grupos de licenciatura. Son tan aplicados, sus alumnos... La abordan tan asiduamente al final de las clases para preguntarle por el Hombre de Lindow, y el de Boxgrove, y por si puede ser

verdad que las mujeres desempeñaban un papel importante en la sociedad prehistórica... A Ruth le dan ganas de gritar: «Mirad a vuestro alrededor. En esta sociedad no siempre desempeñamos un papel importante. ¿Por qué creéis que una pandilla de cazadores–recolectores que iban por ahí gruñendo eran más ilustrados que nosotros?».

Se introduce en su conciencia la reflexión cristiana del día en Radio 4, recordándole que es hora de salir: «En cierto sentido, Dios es como un iPod...». Deja el plato y la taza en el fregadero y les pone comida a sus gatos, *Chispa* y *Sílex*, al mismo tiempo que responde al sardónico entrevistador que tiene siempre en la cabeza. «Vale, soy una mujer soltera y con sobrepeso que vive sola, con gatos. ¿Pasa algo? Vale, es verdad, a veces hablo con los gatos, pero no me imagino que me responden, ni finjo ser nada más para ellos que una cómoda dispensadora de comida.» Justo entonces, escurriéndose por la gatera, llega *Sílex*, un gato macho grande y naranja, que se la queda mirando con sus ojos dorados sin pestañear.

«¿En nuestra lista de “Escuchado recientemente” está Dios, o a veces tenemos que pulsar “Aleatorio”?»

Ruth lo acaricia y vuelve a la sala de estar para meter los papeles en la mochila. Se enrosca una bufanda roja alrededor del cuello (su única concesión al color: hasta los gordos pueden comprarse bufandas) y se pone el anorak. Luego apaga las luces y sale de la casa.

La casa de Ruth es una de las tres que se alinean al borde de la marisma. En una vive el guarda de la reserva de aves, y en la otra unos domingueros que llegan en verano, organizan un montón de barbacoas y le obstaculizan la vista a Ruth con sus cuatro por cuatro. En primavera y otoño es habitual que se inunde la carretera, y en lo más crudo del invierno se queda intransitable con cierta frecuencia. «¿Por qué no te buscas algún sitio más cómodo? –le preguntan sus colegas–. Si quieres estar cerca de la naturaleza, hay casas muy bonitas en King’s Lynn, o incluso en Blakeney.» Ruth no puede explicar, ni siquiera a sí misma, que una niña nacida y crecida en el sur de Londres sienta

una atracción tan grande por estas inhóspitas marismas, por estos humedales desolados y por este paisaje solitario y monótono. A la marisma vino por primera vez a investigar, pero ni ella misma sabe qué la impulsa a quedarse a pesar de tanta oposición. «Estoy acostumbrada —es su única respuesta—. Además, a los gatos no les gustaría nada cambiar de casa.» Entonces se ríen: ah, la buena de Ruth, que se desvive por sus gatos, un sucedáneo de hijos, por supuesto; lástima que no se haya casado nunca, porque cuando sonrío está francamente guapa.

Sin embargo, hoy la carretera ha amanecido despejada; solo hay una fina línea de sal en el parabrisas, depositada por el viento contumaz. Ruth levanta un poco de agua sin darse cuenta, pasa despacio sobre el paso canadiense y enfila la sinuosa carretera que conduce al pueblo. En verano, los árboles se juntan por arriba, creando un misterioso túnel verde, pero hoy son simples esqueletos, con brazos desnudos que van buscando el cielo. Con un acelerón no del todo prudente deja atrás las cuatro casas y el pub tapiado en los que se resume el pueblo y toma el desvío hacia King's Lynn. La primera clase es a las diez. Hay tiempo de sobra.

Es profesora en la Universidad de Norfolk Norte (o UNN, sus poco majestuosas siglas), una universidad de nueva creación en las afueras de King's Lynn. Es profesora de Arqueología, disciplina nueva en el centro, aunque no tanto como su especialidad, la Arqueología Forense. Phil, el jefe del departamento, siempre bromea con que la Arqueología no tiene nada de nuevo, y Ruth nunca deja de sonreír como es debido, pensando que tarde o temprano Phil se comprará una pegatina para el coche: «Los arqueólogos te lo levantan todo», o «Lígate a un arqueólogo y olvídate de las canas». Ruth tiene especial interés por los huesos. ¿Por qué los esqueletos no tocan música en la iglesia? Porque no tienen órganos. Se los sabe todos, pero aun así se ríe cada vez. El año pasado, sus alumnos le regalaron una figura de cartón a tamaño natural del doctor McCoy de *Star Trek*, más conocido como «Huesos». Lo tiene al final de la escalera, desde donde aterroriza a los gatos.

En la radio, alguien habla de la vida después de la muerte. ¿Por qué tenemos la necesidad de crear un paraíso? ¿Es señal de que existe uno, o solo falsas ilusiones elevadas al cuadrado? Los padres de Ruth se refieren al paraíso como algo de lo más normal, una especie de centro comercial cósmico por el que sabrán orientarse y donde tendrán pases gratis para el aparcamiento disuasorio, mientras Ruth languidece eternamente en el aparcamiento subterráneo. Hasta que renazca, por supuesto. Ruth prefiere el paraíso católico, que recuerda de sus viajes de estudiante por Italia y España: grandes cielos llenos de nubes, incienso y humo, oscuridad y misterio. A Ruth le gusta la amplitud: los cuadros de John Martin, el Vaticano, el cielo de Norfolk... Menos mal, piensa irónicamente mientras toma el desvío hacia el campus.

La universidad se compone de edificios largos y bajos unidos por pasarelas de cristal. En mañanas grises, como la de hoy, tiene un aspecto seductor: el aterciopelado brillo que despiden los innumerables aparcamientos, la hilera de farolillos que ilumina el camino al edificio de Arqueología y Ciencias Naturales... De cerca impacta menos. Pese a tener solo diez años, en la fachada de hormigón del edificio están apareciendo grietas, y en las paredes hay grafitis, y al menos uno de cada tres farolillos no funciona, aunque Ruth no se fija en ninguna de estas cosas al dejar el coche en la plaza de siempre y sacar su pesada mochila. Pesada por estar medio llena de huesos.

Mientras sube a su despacho por una escalera con olor a humedad, piensa en su primera clase: Fundamentos de la Excavación. Aunque sea una asignatura de posgrado, gran parte de los alumnos tendrá poca o ninguna experiencia en excavar. Muchos son extranjeros (la universidad necesita dinero), y para ellos la helada tierra de East Anglia supondrá un impacto cultural considerable. Por eso la primera excavación oficial no la harán hasta abril.

Mientras busca su tarjeta en el pasillo, se da cuenta de que están llegando dos personas. Una es Phil, el jefe del departamento. A la otra no la reconoce. Es un hombre alto y moreno,

con el pelo muy corto y canoso, y un aire de dureza, como de contención y un toque de peligro, que la hace pensar que no puede ser un alumno, y menos un profesor. Se aparta para que pasen, pero Phil la sorprende deteniéndose ante ella y hablando con una seriedad que no disimula del todo el entusiasmo.

–Ruth, aquí hay alguien que quiere conocerte.

Ah, pues sí que era un alumno. Ruth empieza a componer una sonrisa de bienvenida. Sin embargo, las siguientes palabras de Phil la dejan de piedra.

–Te presento al inspector jefe Harry Nelson. Quiere hablar contigo sobre un asesinato.